

Las Bienaventuranzas proclaman cómo ser afortunado, cómo ser bienaventurado. En este sentido, están en el corazón de los deseos humanos, pues, como escribe San Agustín: “Todos queremos ser felices. Nadie en toda la raza humana negaría que desea ser feliz, aunque no esté seguro de lo que significa ser feliz”.

San Pier Giorgio Frassati escribe: “La felicidad verdadera no consiste en los placeres de este mundo ni en las cosas terrenales, sino en la paz de conciencia, que solo tenemos si somos puros de corazón y de mente”.

Nuestra parroquia tiene la dicha de ofrecer el sacramento de la Confesión todos los días, excepto los domingos, una práctica que se inició antes de mi llegada a Corpus Christi. La Confesión es una forma importante de recibir la paz de conciencia, ya que nos ayuda a alcanzar la pureza de corazón y de mente.

Todo católico está obligado a confesar sus pecados al menos una vez al año, aunque confesarse una vez al mes, o cada dos o tres meses, es una práctica muy recomendable.

Al prepararnos para la Confesión, podemos considerar tres cosas: brevedad, sinceridad y confianza. Brevedad: En la Confesión, solo tenemos que nombrar nuestros pecados; si el sacerdote necesita más información o detalles para comprender la gravedad del pecado, preguntará. Sinceridad: Es importante que nombremos nuestros pecados en la Confesión y no los disimulemos; Jesús lo quiere todo de nosotros, incluso nuestros pecados. Confianza: Sepamos que Dios perdona nuestros pecados tan lejos como está el este del oeste; después de recibir la Absolución, podemos salir del confesionario con la certeza del perdón y la misericordia de Dios.

“Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios” (Mateo 5:8).

Padre Frei